

far de nuestros enemigos, ya para inclinar en favor nuestro la bondad y la misericordia divina, ya para sostenemos en la práctica de la virtud y conseguir el don de la perseverancia, consiste sin duda en la oración: ella por lo mismo debe figurar en alta escala tratándose de nuestra perfeccion espiritual; y como para conseguirla se nos comunican los dones del Espíritu Santo, y quien la alcanza y aprovecha, prueba sus deliciosos frutos, en esta cuarta serie van á tener lugar sin faltar una sola, todas las otras declaraciones de nuestro manual catecismo.

36. He concluido amados hijos esta carta que, lleno de solicitud por vosotros, os dirijo, con el objeto de anunciaros mis nuevas instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana. He tocado en ellas dos puntos del mas grande interes: las disposiciones de espíritu con que debéis presentaros á la casa de Dios, cuando se os explican estas verdades católicas, para entenderlas, meditarlas y sujetar á ellas vuestra conducta; y el orden y método que me propongo seguir en esta santa y delicada tarea. No resta ya sino que, reuniendo en un punto de vuestra alma tan preciosos documentos y guardando con cuidado en vuestra memoria estos antecedentes, os preparéis mas y mas para una obra tan santa. Dios nuestro Señor, de quien viene todo don perfecto, se digne, por su infinita bondad, comunicárnosla en abundancia, para que yo tenga la luz y la unción que hace fructificar en el alma la divina palabra por parte del que la enseña, y vosotros tengáis la inteligencia, la fe, la solicitud y el amor que se requieren para escucharla con aprovechamiento, y para obrar segun ella, practicando la virtud en esta vida, y preparando por este medio á vuestras frentes las futuras é inmarcesibles coronas de la eternidad. México Julio 12 de 1858.

Clemente de Jesus

Obispo de Michoacan.

EXPLICACION PASTORAL

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

DISTRIBUIDA

EN VARIAS INSTRUCCIONES.

PRELIMINARES

INSTRUCCIONES SOBRE LA NATURALEZA DEL HOMBRE,
EL NOMBRE, CARACTER Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO, EL PRIMER
PRINCIPIO Y ULTIMO FIN DEL HOMBRE, LOS MEDIOS DE ALCANZARLE Y LA NECESIDAD E IMPOR-
TANCIA DE LA DOCTRINA CRISTIANA.

INSTRUCCION PRIMERA.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL HOMBRE.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

INSTRUCCION PRIMERA.

CONSIDERACIONES

GENERALES SOBRE LA NATURALEZA, CAUSA, TERMINO Y ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

CARISIMOS HERMANOS E HIJOS:

1 QUERIENDO el sapientísimo Padre Ripalda, comenzar su explicación catequística de la doctrina, de una manera digna de sus grandes objetos y acomodada también al intento de instruir y edificar á los fieles con su enseñanza, comienza su precioso catecismo con una declaración sucinta pero conceptuosa *del Nombre y señal del Cristiano*: porque ningún medio hai mas eficaz para inspirar el mas vivo interes hácia la doctrina católica en el ánimo de un cristiano, que el de poner á su vista la nobleza de este título, la fuerza de esta insignia; las dos claves de la ciencia del hombre, la que versa sobre el gran sistema de los medios para conseguir la suprema felicidad. Discurre primero sobre la filiación que cada uno de nosotros tiene en Jesucristo, Dios y hombre verdadero; pasa de aquí á tratar de la Santa Cruz, considerándola como el signo de nuestra redención, la bandera del cristianismo, la divisa de la Iglesia militante, la fuerza y el poder moral contra nuestros enemigos, y concluye mostrando al hombre su fin en el eterno goce de su Dios, y los medios para alcanzarle en la posesion de la fe, la esperanza y la caridad; virtudes infusas por Dios, pero virtudes al mismo tiempo enseñadas por la Iglesia en el cuerpo de su doctrina. Toda la importancia de ésta resplandece como el sol en aquellas verdades fundamentales que explica el sabio catequista en su primera declaración, y que por lo mismo son tan á propósito para figurar en un libro como el suyo como la espaciosa y profunda base de la ciencia.

2. Este nombre de cristiano, esta enseña divina, este fin último y excelso, son en alto grado sublimes, para que pudieran pasarse desapercibidos en el empeño interesantísimo de inculcar á los fieles las verdades augustas de la fe católica. Cada una de estas grandes ideas encierra documentos preciosos; es un tesoro común de verdades para la inteligencia, de sentimientos para el corazón; es un antecedente feliz para formar en el espíritu aquellas disposiciones que requería Jesucristo en la parábola del sembrador para que su doctrina fructificase entre los hombres. Es muy difícil meditar con detenimiento en el nombre de cristiano, sin que el alma se eleve á la contemplación de esta nobleza sin par de que nos ha revestido Jesucristo, bajando á tomar nuestra naturaleza, subiendo á colocarla á la diestra de su Padre, dándole parte de sus merecimientos para santificarla en la virtud y recompensarla en la gloria; es muy difícil fijar toda la mente sobre ese madero sagrado que ha venido á ser la bandera de la milicia cristiana, sin recordar todo lo que de nosotros exige la consecución de la última victoria que con ella procuramos, sin sorprender en la doctrina del Salvador toda la ciencia de la Cruz, así como en ésta todo el resumen de la doctrina: es difícil, por último, meditar sobre nuestro último fin sin aspirar á la posesión de los medios, buscando en la doctrina de la fe, la esperanza y la caridad, el principio, el medio y la consumación de nuestros destinos eternos.

3. Según esto, debería yo comenzar mis instrucciones hablando del Nombre y señal del cristiano. Mas como uno y otra presuponen el conocimiento del hombre, conviene á saber: de su naturaleza, de su causa y aun de su restauración moral en el Bautismo; como estas nociones no exigen ántes una explicación catequística ó doctrinal, pues no había llegado á nosotros esa contaminación de racionalismo, duda é incredulidad, que hoy nos aqueja tanto, pudo muy bien entónces comenzarse simplemente por la idea dogmática del cristiano, al paso que hoy, por la triste necesidad de los tiempos, es necesario prevenirla con los conocimientos previos de la naturaleza, causa, destino y fin último de la existencia humana. Tal debe ser, pues, el objeto de la instrucción presente, dirigida solo á prevenir vuestros ánimos contra cualquiera sorpresa, llamando vuestra atención hácia vosotros mismos y conduciéndoos por las luces naturales de la razón á los misteriosos caminos de la fe.

I.

4. Hay ciertas verdades, amados hijos, tan sólidamente establecidas, con tal evidencia manifiesta y tan fuertemente impresas en el alma, que detenerse á demostrarlas, sería en cierta manera oscurecerlas: porque, lejos de haber menester de alguna luz que las descubra, son ellas, cada una de por sí, un torrente de esplendor que baña, por explicarme de esta suerte, los horizontes de la inteligencia. Estas verdades han vivido siempre, y por lo mismo han encabezado en todos los tiempos cuanto cae bajo el dominio del pensamiento; la historia, la filosofía, las ciencias todas, la legislación, las artes, &c. Hânse llamado por tanto, primeros principios: principios, porque son puntos de partida, fundamentos del saber, sobre los cuales descansa el edificio de los conocimientos

tos humanos; y primeros, porque ántes de ellos no hai otros, y porque ciertas verdades de segundo orden que á su turno suelen figurar como principios de algunas ciencias, vienen de aquellas primeras verdades. Entre éstas debe contarse para la ciencia del hombre, la de su existencia. ¿Quién duda, quién puede dudar de que existe? "Yo existo:" hé aquí una verdad á que me adhiere con toda la fuerza de mi naturaleza, con el irresistible impulso de mis instintos, con el absoluto asenso de mi razón. Si alguno viéiese á negarme esta verdad, le tendría, ó como un extravagante sofista, ó como un loco. No siendo pues, amados hijos, la existencia humana una verdad expuesta á los peligros de la seducción y la impostura, de ella puede partirse con toda seguridad para entrar en el estudio de nuestra propia naturaleza.

5. Este estudio es fundamental, porque conocer nuestra naturaleza es conocernos á nosotros mismos, penetrar en la economía de nuestro ser, descubrir el por qué de nuestra existencia y alcanzar el fin último de nuestra creación. Sobre este punto ha dado siempre ideas exactas la filosofía, no solo en los tiempos modernos, en que ha tocado á su mas alta perfección bajo el influjo de los principios cristianos, sino aun en los tiempos antiguos, en que los filósofos, desprovistos de la luz de la fe, no contaban con otra que la de la razón. Sin embargo, en todos tiempos la verdadera ciencia del hombre ha tenido enemigos diversos que combatir, los cuales, ya siguiendo el extremo de lo espiritual, ya reduciéndose al orden de la materia, no han perdonado medio para falsear el conocimiento de la naturaleza humana. Mas por una singular providencia de Dios, estas verdades no han quedado vendidas á los artificios del error, al influjo de los sistemas y á los amañes de los sofistas, pues con solo entrar en sí mismo de buena fe, sin prevención alguna, basta el sentido común para que nos formemos una idea de lo que somos, de lo que debemos ser y de lo que nos espera según el sistema de nuestra conducta. Penetrad si no cada uno de vosotros en vos mismo, recordad y examinad una por una las cualidades esenciales de vuestro ser, ó lo que es lo mismo, las cosas que os constituyen tales como sois: inquirid vuestro origen, buscad vuestras diversas relaciones, y no tardaréis en penetrar en el conocimiento de vuestro ser considerado en sí mismo, en su causa y en sus relaciones con esta primera. "Yo pienso, puede decirse cada uno de vosotros á sí mismo, recogido en el fondo de su alma, "yo pienso, hablo, me muevo, obro, existo en suma. Tengo una parte visible y palpable que me pone en contacto con todas las cosas que me rodean, un cuerpo organizado que vive, que se mueve con libertad, que dura cierto tiempo y que ha de morir. Lo que veo en mi cuerpo es muy semejante á lo que veo en los otros cuerpos: figura, color, peso, &c. &c.; mas no todos los cuerpos son como el mío, pues muchos hai entre ellos que teniendo las mismas cualidades, no pueden por sí ni moverse ni permanecer quietos contra la decisión de una causa inteligente: luego las simples cualidades de mi cuerpo no son el principio de mi acción. Hai pues en mí una cosa que no es cuerpo, una sustancia simple, espiritual, inteligente, libre, activa, la cual dirige todos los movimientos de mi cuerpo, determina mi dirección y gobierna mis pasos; en suma, una alma racional. Hé aquí lo que me constituye hombre; hé aquí la naturaleza humana que debo reconocer en todos mis semejantes.

6. "Pero, ¿de mí ha dependido acaso mi nacimiento? ¿dependerá de mí por ventura mi muerte? No: yo tengo pues un superior, una causa de donde procedo y á la cual estoy enteramente sometido, y todos los seres se encuentran en este mismo caso: los seres racionales, los seres animados y los seres inanimados; porque todos ellos son contingentes, puesto que existen y pudieron no haber existido jamas, existen y pueden dejar de existir; existen, porque tuvieron una causa productora; pueden dejar de existir, porque están sometidos á la accion libre de su causa. Si la razon decisiva que yo tengo para suponer la existencia de una causa primera, es la naturaleza contingente de todos los seres que conozco y de cuantos estén y puedan estar en su mismo caso, es claro que la causa primera de todos ellos no ha de ser como ellos, porque de otra manera necesitaría causa; si no ha de ser como ellos, tampoco estará sujeta á las leyes del nacimiento y de la muerte: luego será *necesaria y eterna*: no estará sometida á otro ser; luego será *independiente y soberana*: tendrá, por último, y segun la medida de su propia naturaleza, todas las cualidades que reconozco y admiro en mí y en los demas seres. Estas cualidades están colocadas en la escala de la perfeccion relativa y contingente; mas aquella causa primera no tiene dimensiones; no puede tenerlas, porque entónces tendria causa, tendria principio, tendria superior: lo que no tiene dimensiones es infinito; luego esa causa, que posee segun la medida de su naturaleza todas las perfecciones que yo admiro en los seres, posee por la necesidad de su naturaleza misma una *perfeccion infinita*. Esta primera causa es DIOS. Hai pues un Dios, Ser necesario, eterno, infinito, inmenso, perfectísimo en suma, principio, causa y soberano de todos los seres, un *Dios omnipotente, creador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles*.

7. "He comprendido lo que soy: no me sorprende ya mi nacimiento ni tampoco mi muerte. Vengo de Dios, estoy entre mis semejantes y me hallo colocado tambien entre muchos seres de naturaleza diferente, que no se parecen á mí, pero que conmigo y mis semejantes constituyen la *creacion*, y por lo mismo han venido y penden exclusivamente de Dios.

8. "Pero yo, colocado en el centro de esta multitud de relaciones, ¿existo al acaso, vivo sin motivo, he de morir sin resultados? Consultaré á mi propia razon, á mi propia experiencia. Una y otra me enseñan que cuando produzco algo de mí, (porque tambien soy causa, aunque limitada y contingente), me determino por algun motivo, sigo algun objeto, me propongo algun fin, y esto es lo que me da, la idea de mi superioridad en la escala de los seres: por esto domino al bruto, y dispongo soberanamente de la materia inerte que me está sometida. La creacion es pues la obra de Dios, supone el pensamiento de Dios, el designio de Dios, la voluntad de Dios; y por lo mismo yo, como todos mis semejantes y todos los seres que constituyen la creacion, he venido á la vida para ser algo, existo con ciertas condiciones, y tengo consiguientemente un fin.

9. "¿Cuáles son pues las condiciones y el fin último de mi existencia? Yo pienso para obrar, obro para estar contento, para estar bien, para ser feliz: la actividad es pues mi elemento, el trabajo mi destino, la felicidad mi vocacion.

10. "Y bien, ¿he sido, soy feliz? Yo me lo pregunto, me lo he preguntado mil veces á mí mismo, y no he recogido sino desengaños y experiencias que irresistiblemente me

persuaden de lo contrario. He buscado la felicidad en los goces físicos, y de ordinario no encuentro sino por un lado la saciedad y el fastidio, por otro lado el arrepentimiento y el dolor: he oído discurrir al opulento, al magnate, al hombre de las selvas y al hombre de las cortes, y veo que á todos les pasa lo mismo que á mí, que todos buscan irresistiblemente y ninguno encuentra la felicidad. Si esto es así, no solo yo, sino todos los otros, no solo el individuo, sino toda la sociedad, no solo un Estado, sino todas las naciones, no solo este ó aquel hombre determinado, sino la humanidad entera, están representados en mi pensamiento; y por lo mismo, todos tienen por principio á Dios, por elemento la actividad, por destino el trabajo y por vocacion la felicidad: todos la aman irresistiblemente, la procuran con solicitud, la buscan con afan, y sin embargo, no la encuentran.

11. "¿Será pues, que la felicidad no exista, que no se haya hecho para nosotros, ó que por nuestra naturaleza seamos incapaces de alcanzarla? ¡Católicos que me oís! ved aquí el gran problema, es decir, el nudo de todos los tiempos, el nudo que por espacio de cuatro mil años ocupó inútilmente á los antiguos filósofos, el que despues acá no ha dejado de ocupar á todos esos *espíritus fuertes* que, persistiendo en su perdurable manía de no contar para nada con Dios y debérselo todo á sí mismos, han querido y no han podido nunca desatar este nudo: porque no le desatará, católicos, sino el que es verdadero hijo de Dios, el que conociéndose y conociéndole, se abaja y atienda en su soberana presencia, el que no acordándose que tiene talento, que tiene poder ó virtud, sino solo de que es pequeño y miserable, se hace digno de que venga sobre él aquella bendicion de Jesucristo, llegando á saber aquellas cosas que han de ignorar los *grandes* y los *sabios* y constituir acá en el mundo la ciencia exclusiva y única de los *sencillos* y *pequeños*. (Luc. cap. X, v. 21.)

12. "La condicion mas humillante de la razon humana, cristianos, es que, no pudiendo negar la creacion, la actividad del espíritu, la necesidad del trabajo y la vocacion á la felicidad sin atraer sobre sí la burla y el desprecio, y habiendo envejecido en buscar ese fantasma de felicidad tras de que anda, confiesa sin embargo, que no ha podido hallarla, y cree irresistiblemente que exista, pues continúa constantemente buscándola. Y en verdad, hermanos míos, que tiene razon en seguir; porque si no ha de conseguirse el bien, si no ha de ser uno feliz, si ha de andar uno viviendo entre deseos brillantes y desengaños tristes, ¿de qué sirven, decidme, el cuerpo y el alma, la razon y la voluntad, las ciencias y las artes, el poder y las riquezas, la admiracion, el prestigio, la fama, la celebridad y la gloria del mundo? ¿De qué? de hacer mas intenso el sentimiento de la miseria, de cubrir las llagas profundas del corazon con las magníficas ilusiones de una vida pasajera, de engañar con un esplendor aparente los unos á los otros acerca de su propio estado, haciendo morir así hasta la compasion ajena, último rasgo del infortunio.

13. "Saco de aquí, hermanos míos, una consecuencia de primer orden; y es, que no hai nada tan importante en el mundo para cada uno de vosotros y todos cuantos existen, como tener ideas exactas acerca de sí mismo, de su destino, de su fin y de su vocacion, poseer un conocimiento práctico de que hemos nacido para la verdadera felicidad, y que esta felicidad existe, saber por último que hai medios infalibles para conseguirla,

y descubrir y poseer estos medios. Este es el objeto por excelencia, lo único que valoriza y da estimación á cuanto vemos y cuanto somos, el asunto mas importante que puede ocupar vuestras meditaciones diarias." 1

II.

14. Ved pues, amados hijos, cómo sin necesidad de largos discursos, y con solo entrar uno en sí mismo con la luz de su propia razon, descubre las verdades necesarias que debe tener acerca de su naturaleza, su origen, su mortalidad corporea ó inmortalidad espiritual, y su último fin, que es Dios. Este solo estudio nos hace comprender claramente que el hombre es un animal racional: es un animal, porque tiene un cuerpo organizado que nace, se nutre, crece, se debilita, enferma y muere; como el de todos los animales; y una alma cuyas facultades todas presuponen un principio simple, indivisible, activo, causa motriz de todo nuestro ser, una alma dotada con el noble privilegio de la razon, que no tienen los brutos, y mucho ménos los cuerpos inanimados de la naturaleza: que esta alma es inmortal, pues no puede perecer, porque siendo simple, es incapaz de disolución que la transforme en cosa diversa, ó de composicion que la refunda en otro ser: que siendo el hombre un ser contingente y debiendo por lo mismo haber tenido principio, porque no puede haber ser contingente sin principio, viene de Dios, Ser necesario, inmenso, omnipotente, perfectísimo, infinito en suma: que viniendo de Dios, está sujeto en todo y por todo á El como Creador y Señor Supremo de todas las cosas: que siendo Dios un Ser infinitamente sabio ó infinitamente bueno, todo lo creó con un designio digno de su sabiduría y para un fin digno de su bondad: que siendo el hombre libre, y pudiendo en consecuencia obrar de mui diverso modo, y aun bien ó mal, debió tener una lei que le sirviese de regla, para obrar conforme al designio y al fin de su creacion: que dió en efecto Dios esta lei, y por lo mismo vinculó en su fiel observancia durante esta vida el concedernos en la otra su vista, posesion y goce por toda la eternidad.

15. Os he hablado, amados hijos, de aquello que puede ser conocido por el recto uso de la razon natural; mas no es esto lo que basta para colocarnos en la puerta donde abre nuestro catecismo la explicacion de la doctrina, que es el nombre del cristiano. Es necesario pasar de los racionios á los hechos, y entrar en el fondo de esta grave cuestion: ¿Por qué la simple naturaleza del hombre no basta hoy para que consigamos nuestro último fin? ¿Por qué para ganar el cielo es insuficiente que seamos hombres, y del todo necesario que seamos cristianos? Ilustrando esta idea, en que la historia se toca con el dogma, ninguna dificultad envuelve para ser bien comprendida la primera pregunta y respuesta de nuestro catecismo. Es necesario convenir en que la naturaleza humana salió perfecta de las manos de Dios, y bien provista de cuanto era necesario para cumplir su destino y alcanzar su fin. Luego, si llegó un tiempo en que la naturaleza fuese impotente, necesario es admitir la interposicion de un mal que la hubiese degradado, pervertido ó imposibilitado para la gloria. Os diré pues, á lo ménos en gene-

1 Tomado á la letra de mi "Plática primera sobre la importancia de la predicacion catequística, disposiciones con que debe asistirse á ella, y medios para oirla con aprovechamiento. Parte primera.

ral, pues me reservo dar mayor amplitud á todas estas ideas en las siguientes instrucciones, lo mui necesario para el complemento de la idea general que me he propuesto daros en ésta.

16. Antes de ser cristianos hemos sido hombres, es decir, creaturas compuestas de un doble elemento, el del cuerpo, que ha salido de la tierra, y el del espíritu, que ha bajado del cielo en el aliento de Dios que le infundió á este cuerpo mismo. El ser humano tiene para la historia, para el dogma y para la ciencia dos puntos cardinales, el del principio, que es Dios, y el del fin último, que tambien es Dios. Estos dos puntos, situados, el primero en los bordes de la nada y el segundo en los quicios de la eternidad, dejan en medio de la cuna y del sepulcro una línea que mide nuestra vida física, intelectual y moral; línea que el hombre recorre entre su libertad y la lei, que será una recta si la primera va siempre subordinada á la segunda, ó será una curva, si obediencia á los impulsos de la concupiscencia, se extravía de su punto de partida. Como no entra en la intencion del Altísimo que el hombre fuera imperfecto ni desgraciado, no le creó sino puro, santo y feliz. Hé aquí el primitivo estado del hombre. Su creacion fué el primer hecho histórico; sus relaciones con la Divinidad, el primer principio filosófico; su destino á la bienaventuranza, el primer principio moral; la regla tirada de Dios á Dios, como de principio á fin, la primera de todas sus leyes. Historia, dogma, filosofía, legislación; todo parte de aquí, y todo manifiesta que el fin del hombre ha debido ser, y de hecho ha sido, el primer objeto moral para la ciencia y para la doctrina.

17. Si el hombre hubiese obrado siempre consecuentemente con su Dios, no habria debido pasarse de aquí; pero sucedió de otra manera: abusó de su libertad, quebrantó la lei, pecó; rompió los lazos que le ataban á Dios, se emancipó del cielo: perdió la caridad, y entró en la esclavitud del demonio; perdió la gracia, y cayeron sobre su mente las tinieblas de la ignorancia, sobre su voluntad los impulsos frenéticos de la concupiscencia, sobre su corazon las pesadas cadenas de las pasiones; la virtud miró abrirse su sepulcro, y el vicio, principal distintivo de su estado moral, entró á figurar en las regiones del ser. El fin del hombre desapareció ante su primer pecado, y habria desaparecido por siempre, si para reparar el inmenso estrago y la tremenda ruina, no hubiera podido contarse sino con los tristes recursos de la naturaleza. Impotente del todo para el bien, solo podia explotar el asqueroso mihero de su corrupcion y de sus vicios. Infinito habia sido el mal de la culpa, pues consistia en la privacion de Dios, que es un bien infinito: infinito habia de ser el remedio, y este remedio, vinculado en la reconciliacion del hombre con Dios, traía como una condicion esencial que el hombre fuese perdonado, al paso que este perdon demandaba por una razon de consecuencia y de justicia, que Dios quedara satisfecho. No satisfará por sí mismo el hombre á Dios, porque es limitado, es débil, está envuelto en la universal contaminacion, destituido de la posibilidad del merecimiento y de la virtud. Hai mas, ni aun concebir hubiera podido el hombre un plan de la reparacion que necesitaba; porque la satisfaccion de condigno estaba exigiendo el sacrificio de una víctima de infinito precio. ¿Quién será esta víctima? No lo será la humanidad, porque es finita, limitada, corrompida; no lo será la Divinidad, porque es impassible. Hasta aquí podia llegar la humana ciencia con todos sus esfuerzos; esto es,

á formular en una enunciaci3n simple, con toda la seguridad de su demostraci3n y con toda la énfasis de su poder l3gico, la imposibilidad de una reparaci3n cual era necesaria, y por consiguiente la destrucci3n de toda esperanza para el hombre. Dios empero, que ve desde la eternidad la triste historia de sus creaturas, concibe en su mente divina un plan de reparaci3n universal, la v3ctima que es necesaria, que dé á la humanidad cuanto necesita para merecer, y dé á la Divinidad el medio de un sacrificio infinito sin perjuicio de su impassibilidad. Esta v3ctima lo será todo: será hombre para padecer, será Dios para dar al sufrimiento un mérito infinito; abrazará en una sola persona las dos naturalezas, para que pueda decirse sin violencia que Dios padeci3 y murió por el hombre, y que el hombre satisfizo digna y cumplidamente á Dios por su pecado. Hé aquí la Encarnaci3n del Verbo; hé aquí á Jesucristo Dios y hombre verdadero prometido por Dios al hombre como un Redentor, y ofrecido por el hombre á Dios como una v3ctima desde el instante mismo en que vi3 brotar la esperanza, con la promesa del Salvador, de entr3 las espinas del remordimiento al misericordioso *fiat* pronunciado por la clemencia infinita de un Dios ofendido.

18. Al nombre de Jesucristo debemos el nuestro cuantos vivimos de su lei; y al de *hombre*, resumen completo de nuestra primitiva historia, vino á suceder el de *cristiano*, que quiere decir hombre de Cristo, *hombre que tiene la fe de Cristo, profesada en el Bautismo*, como dice nuestro catecismo, y para comprenderlo todo en una breve fórmula, *hombre restaurado en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo*: triple enunciaci3n que manifiesta claramente las promesas, la venida y los derechos del Hijo de Dios, y por parte del hombre el principio, el medio y el fin de su restauraci3n moral.

19. Veis pues, amados hijos, cuáles son las verdades con que la misma razon bien dirigida y la historia de la humanidad nos introducen á la ciencia del cristiano. Sabéis ya lo que es el hombre, cuál es su origen ó causa, cuál su destino y último fin, cuál su historia desde la creaci3n hasta Jesucristo, y cómo, para recobrar las luces y fuerzas perdidas en su naturaleza, reanudar sus relaciones con Dios cortadas por el pecado original, reconquistar sus primitivos títulos á la gloria eterna, satisfaciendo á la justicia, y ameritando plenamente su expiaci3n y sus obras, necesitaba de un Redentor, Dios y Hombre verdadero, que viniese á salvar al mundo con su muerte y á enseñarle con su vida y ejemplo el camino del cielo. Con solo esto podr3is entrar al estudio de vuestro ser y carácter de cristianos sin inconveniente ninguno; pues aunque los diversos puntos que abraza esta instrucci3n primera, exigen cada uno mayor desenvolvimiento para quedar bien comprendidos, lo dicho basta para introducirnos en el fondo de la doctrina con suficiente luz, sin echar de ménos antecedente ninguno. Por lo demás, el dar sobre cada uno de los puntos enunciados toda la explicaci3n que exige su perfecto conocimiento, solo es cuesti3n de tiempo, pues abrazando la doctrina en su totalidad la esencia de Dios y del hombre, turno tendrá en mí siguientes instrucciones cuanto deba decirse con mayor amplitud, y he tocado aquí solo de un modo general.

PRELIMINARES

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA,

SEGUNDA INSTRUCCION.

SOBRE EL NOMBRE PARTICULAR QUE RECIBIMOS EN EL BAUTISMO, Y LA DEVOCION QUE DEBEMOS TENER AL SANTO DE NUESTRO NOMBRE.

1. LA primera pregunta de nuestro catecismo, hermanos é hijos mí amados, tiende á ilustrar nuestra razon con una idea muy importante, y que por desgracia suele pasar entre muchos desapercibida. ¿Cuál es esta idea? La del nombre particular que lleva cada uno de nosotros y que, unido con el apelativo de familia, basta por lo comun para distinguirnos de todos. Como este libro contiene los primeros rudimentos de la doctrina, supone su autor dirigirse á los niños de familias cristianas, á quienes principalmente le dedica como un texto que deben tener en su memoria para entender y conservar mejor en ella las instrucciones mas amplias de sus párrocos, de sus padres y de sus maestros. *Decid, niño, ¿cómo os llamáis?* pregunta, y encarga que cada uno responda su nombre propio, diciendo, por ejemplo: me llamo *Pedro, Juan ó Francisco, &c.*: concluye recomendando á todos la devoci3n con el santo de su nombre, y pasa despues al nombre de cristiano.

2. Es mi ánimo dar principio tambien á mi explicaci3n del catecismo, con este mismo punto de tan grande interés con el fin de persuadirnos cuán conveniente sea que cada uno de vosotros, reflexionando sobre todo lo que importa para su bien espiritual el nombre que recibe en el bautismo, procure adquirir las instrucciones que encierra, penetrarse de los sentimientos que inspira, para corresponder con actos de verdadera devoci3n al designio que ha tenido nuestra santa Madre la Iglesia en sus disposiciones acerca de esto. Tal es el asunto que me propongo tratar en esta instrucci3n segunda.

I.

3. En todos tiempos han procurado los hombres tener alguna designacion propia que les dé á conocer y les distinga de los otros, y por tanto el nombre de cada uno es tan antiguo como el hombre. Fué natural, y en efecto sucedió así, que el nombre representase los vínculos de la familia, sin que esto quitase que alguna vez tuviese otra representacion. En el orden puramente natural el nombre de cada uno debía ser por lo comun vínculo, recuerdo y sentimiento; vínculo, porque emanaba del padre ó los antepasados; recuerdo, porque conservaba la memoria de otros que habian llevado la misma ó semejante designacion, y sentimiento porque, tratándose de las conexiones naturales, representaba en cierto modo todas las afecciones de la familia.

4. Mas la religion, que todo lo consagra y engrandece, ha encontrado este uso antiguo del nombre propio hasta la altura de sus grandes objetos: le hace nacer de la gracia, y con solo esto le eleva sobre el mundo, le une con los vínculos de la santidad y le coloca bajo el dominio del amor. Toda la historia de las virtudes, todos los misterios de la religion y todas las glorias del cristianismo están depositadas en esos nombres diversos que llevamos todos los que hemos renacido en Jesucristo y recibimos en el nombre de Dios de los labios del ministro sagrado que derrama sobre nuestras frentes el agua santa del Bautismo. Dios, en el misterio sublime de su Trinidad, se ha dignado concedernos este nombre: Jesucristo, vida nuestra, nos ha dado tambien el suyo: su Santísima Madre y todos los Santos, de quienes es Reina, nos han dejado tambien sus nombres.

5. El nombre de cada uno es tambien vínculo, recuerdo, ejemplar y sentimiento. Es vínculo, porque sin duda alguna estamos ligados intimamente con Dios como Creador, Legislador y fin último del hombre; lo estamos con Jesucristo como nuestro Salvador y nuestro Maestro; lo estamos con la Purísima María, Madre nuestra; lo estamos con toda la corte celestial, con todos los escogidos del cielo, que despues de su peregrinacion en la tierra gozan la bienaventuranza, que componen la Iglesia triunfante, unida con la que padece en el purgatorio y la que milita en la tierra. Es recuerdo tambien, y no un recuerdo estéril sino altamente provechoso para nosotros, puesto que representa, ó un suceso de la religion, ó un misterio de Jesucristo, ó un beneficio particular de la gracia por la intercesion de María, ó una vida pasada en el heroismo de la virtud y terminada en la consumacion de la santidad. Por otra parte, todo se anima, en tan ilustres y santos recuerdos, de esa virtud sublime que honra tanto á la religion; de la caridad, que depura en el crisol de los cielos todos los sentimientos del corazon y todas las virtudes de la tierra. Despues de Dios, uno en esencia y trino en personas, designado con el nombre de *Trinidad*, y que todo lo abraza en sí mismo, pues que es infinitamente perfecto y Creador del cielo y de la tierra; despues de Jesucristo, cuyo solo nombre nos recuerda el gran misterio de nuestra redencion y la institucion de ese magisterio dogmático que nos ilustra y que nos salva; y de la Inmaculada María, relacionada con las tres Divinas Personas, como Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo; la Iglesia nos muestra en la ilustre galeria de los santos toda la historia del cristia-

nismo en accion, nos da una escuela práctica de virtudes, un torrente de luz de donde se reflejan al mundo todas las glorias. Los apóstoles nos representan á los primeros obreros de Jesucristo y fundadores de la Iglesia docente; los mártires á los grandes héroes de la fe, atletas de la Iglesia militante, que sellaron su creencia con su sangre, prodigando su vida sobre los cadalsos en honra de la Cruz: los confesores nos dan la idea de los custodios infatigables de la doctrina; dechados perfectísimos de la santidad que consiste en confesar de continuo á Jesucristo, no solo con la palabra, sino tambien con las obras, no se limitaron á confesar que Jesucristo es el Hijo de Dios, sino que aceptaron las condiciones que Su Magestad puso á sus verdaderos discípulos cuando dijo: *El que quiera venir en pos de mí, niegue-se á sí mismo, tome su cruz y sígame*: una abnegacion absoluta, universal y constante, una vida mortificada y penitente, un desprendimiento de todo para no ver, ni buscar, ni poseer sino solo á Jesucristo: hé aquí su grande y esclarecido carácter. Las vírgenes, estas hijas de la soledad, estas flores de los desiertos, que alejándose del mundo, renunciando á todas las conexiones de la carne y de la sangre, negando á su propia voluntad y entregándose á una vida toda de espíritu, de oracion y penitencia; guardaron entre espinas para su Divino Esposo la preciosa flor de su pureza, y que practicando las obras mas admirables y al parecer mas incompatibles con su sexo tierno, débil y tímido, han arrastrado la admiracion de los unos y han fecundado la fe de los otros, haciendo resplandecer los prodigios de la gracia; y aquellas mujeres fuertes que, habiéndose santificado en el matrimonio como lo habian sido en la virginidad y lo fueron en la virjez, manifiestan toda la expansion de la gracia y de la santidad: hé aquí amados hijos, los coros que encierran la inmensa galeria de los santos, de esos felices habitadores de la Jerusalem celestial, que nos han dado sus nombres como designacion propia, vínculo de la santidad, recuerdos de virtudes, modelo de perfeccion, excelencia de sentimientos, socorro y ayuda para sostener nuestros vacilantes pasos en la espínosa y delicada carrera de la vida cristiana.

6. Despues de esto, necesitaré yo, amados hijos, detenerme mucho en persuadiros cuánto se interesan vuestro bien espiritual y salvacion eterna en el cultivo de las relaciones que os ligan con el Santo de vuestro nombre? ¡Ah! la mas leve reflexion basta para excitar vivamente vuestro espíritu y avivar vuestros sentimientos en este punto. Figuraos, amados hijos, á un hombre para quien el nombre que lleva sea un objeto de meditacion, estudio y amor. No escogeré nombre, porque sea cual fuere, representa un bienaventurado, un héroe de la religion, un viador perfecto y dichoso, que recorrió su camino sin declinar á diestra ni á siniestra; un guerrero que domó la ferocidad de sus enemigos, enfrenándoles y sometiéndoles al yugo de la lei. ¿No es cierto que esta vida es para nosotros una escuela práctica de virtud y santidad? ¿No es cierto que un santo es para nosotros un amigo íntimo de Jesucristo, templo vivo de Dios, objeto de sus complacencias y miembro de su corte? ¿No es cierto que en él vive para nunca morir la caridad que se interesa por el bien de nosotros? ¿No es cierto que los inflamados ruegos dirigidos por él al Arbitro Supremo de los cielos y la tierra, le hallarán siempre propicio y deben fecundar nuestra esperanza? Sin duda alguna. Luego incalculable debe ser el provecho de un cristiano que no pierde nunca de vista al Santo de su nombre. El viene á ser un

especial abogado suyo por la dedicacion particular del Bautismo, una santa compañía con el recuerdo de sus virtudes y la presencia de su intercesion, un estímulo poderoso para el bien, un socorro eficazísimo para las mas grandes necesidades.

II.

7. Mas ¿cuál debe ser esta devoción al Santo de nuestro nombre para conseguir los grandes bienes que á ella se prometen? ¿acaso un recuerdo fugitivo, un rezo precipitado y distraído, una reverencia pasajera es lo que basta, para mostrarnos dignos de una proteccion tan elevada? No, amados hijos: la devoción verdadera se anima de la caridad como todas las buenas obras, ejercita la esperanza y reposa en la fe.

8. "Si los santos constituyen, hijos carísimos, la parte mas escogida de la Iglesia; si se conservan inalterables las relaciones entre ellos y nosotros; si la superioridad de su condicion nos garantiza la constancia y la pureza de su amor; si sus sentimientos todos respecto de los que quedamos en la tierra se hallan constante y exclusivamente dirigidos á nuestro bien y felicidad; esto basta para comprender, que los santos constituyen al mismo tiempo un objeto de la caridad. Esta caridad nos identifica de tal suerte con ellos, que debemos participar de sus sentimientos é imitar su conducta. Entre estos sentimientos tiene el primer lugar el culto de la gratitud, es decir, aquella adoracion que dirigimos á nuestro Dios, en reconocimiento de esa felicidad de que le somos exclusivamente deudores, esto es, la felicidad de los santos. Nuestro reconocimiento por ella debe ser igual al que tendríamos por la nuestra, y esta circunstancia nos basta para comprender que debemos alabar, bendecir y dar gracias á Dios por la gloria de sus escogidos. Efecto propio es de la caridad amar lo que Dios ama, querer lo que Dios quiere, y por tanto, amar á los santos; pues que Dios les ama con esa predileccion eterna que constituye la condicion venturosa de los justos. Dios les ama, porque guardaron su lei; y les hizo felices, para coronar el triunfo de las virtudes que practicaron en la tierra. Nos les propono pues como unos modelos que imitar, y el testimonio mas brillante que podemos ofrecer á Dios de nuestra caridad para con los santos, es y será siempre el imitar sus virtudes y recorrer nosotros el camino que ellos anduvieron."

9. Este culto, estos homenajes de nuestra devoción á nuestros hermanos los que habiendo salido de la tierra ciñen las coronas inmarcesibles de la gloria, no es, amados hijos, otra cosa que el mismo culto que debemos á Dios y á Jesucristo Dios y hombre verdadero, considerado bajo cierto punto de vista, y en él se ejercitan como al principio decia, todas las tres virtudes. En primer lugar ejercitamos la fe, porque creemos en la palabra de Dios al reconocer la existencia de los santos, acatamos la voz de la Iglesia cuando les canoniza y estamos ciertos de que en el cielo hablan en favor nuestro; en segundo lugar nuestra esperanza, cuando consideramos que, siendo miembros de un mismo cuerpo con nosotros y ocupados todos en nuestro bien, presentan á Dios nuestras heridas, para que sean curadas, y nuestros santos deseos, para que sean correspondidos: finalmente ejercitamos tambien la caridad, porque les amamos como la parte mas escogida de nuestra Iglesia, porque debemos entrar en sus sentimientos de amor y gratitud

por su propia felicidad y reconocerles como unos modelos perfectísimos cuya imitacion habrá de incorporarnos con ellos en esa plenitud de goces que constituye la bienaventuranza."

10. Los homenajes que debemos al Santo de nuestro nombre, amados hijos, no son pues de diversa naturaleza que los que debemos á todos los santos; pero ellos bastan para satisfacer perfectamente á las condiciones de nuestra devoción particular. Hai empero, en lo relativo á instrucciones, aquellas diferencias que nacen de la vida y virtudes propias de cada Santo; pues en ellos, como en todo, hai cualidades comunes y cosas características: las primeras son lo que constituye la santidad, las segundas son aquellas virtudes que mas particularmente ejercitaron. Ahora bien: como todo contribuye á reanimar nuestro espíritu, una de las cosas mas importantes que deben recomendarse á los fieles, y os recomiendo yo muy eficazmente á vosotros, es el intruírse bien, ya con la lectura de los libros, ya pidiendo noticias á las personas que les han leído, en la vida y virtudes propias del Santo del nombre de cada uno. Mas no debe ser este, amados hijos, un estéril conocimiento, sino una escuela práctica de perfeccion; escuela, porque la vida de un Santo encierra especulativamente cuanto es necesario, no solo para salvarse, sino para subir á grados de altísima perfeccion; y práctica, porque son documentos vivos y animados, lecciones que hablan á los sentidos lo mismo que á las potencias, nobles y eficaces estímulos para un corazon bien formado. ¡Cuántos se habrán hecho santos obedeciendo á las inspiraciones de una lectura de esta naturaleza! Así pues, como la vida de los santos es una escuela práctica en sí misma, así tambien nuestro conocimiento sobre ella no debe por cierto estacionarse en el entendimiento, sino mover el corazon y gobernar la conducta. De esta suerte no perderemos nunca de vista ese ejemplar de virtud que Dios nos ha dado con el Santo de nuestro nombre, le tendremos en nuestro entendimiento con una meditacion bien dirigida; le tendremos en nuestra voluntad con una resolucion decidida de imitarle, le tendremos en nuestras obras, procurando asamejarlas á las suyas, y nunca le acreditaremos nuestro amor de una manera mas propia y mas grata para ellos, que cuando nos mostremos sus verdaderos discípulos en la imitacion de sus virtudes.

11. Sed pues, hijos míos, muy solícitos en atender á estas exhortaciones que os hago, muy empeñosos en adquirir un conocimiento pleno de la vida y virtudes de nuestro Santo, muy constantes en meditar acerca de ella, muy decididos á imitar en todo tan ilustres y santos ejemplos, y de esta suerte podéis estar seguros de que un ejercicio de esta naturaleza, una devoción tan bien acreditada os dará la virtud y la paz en el tiempo, y el puro, sumo y perdurable gozo en la eternidad.

¹ Esto lo he tomado, con muy accidentales variaciones, de una obra mia que se intitula: *Exposicion de la doctrina católica sobre los dogmas de la religion*. Lib. XI, Art. II, cap. II, § III.